

“Como el término “nosotros”, tanto impreso como pronunciado en las pantallas, se ha vuelto sospechoso desde que lo emplean continuamente quienes están en el poder en la afirmación demagógica de que también hablan en nombre de aquellos a los que se niega el poder, hablaremos nosotros como “ellos”

(JOHN BERGER: “Los nuevos muros de la prisión global”. Clarín Ñ, 19-7-2008)

Vivimos en una contradicción y en una paradoja permanente: necesitamos a quienes tenemos miedo.

Europa perderá el próximo medio siglo 30 millones de trabajadores activos por efecto del envejecimiento y el aumento paulatino de la edad de jubilación. La población de la Unión Europea en edad de trabajar (de 15 a 64 años) alcanzará su pico en 2012 y para entonces necesitará, según algunas predicciones, 70 millones de inmigrantes.

En ese mismo tiempo España, con la tasa de fecundidad más baja del mundo, una esperanza de vida al nacer (es decir, los años de derecho a pensión) aumentando rápidamente y medidas polémicas, como el aumento paulatino de la edad de jubilación, necesitará entre 6 y 15 millones de inmigrantes.

Aragón ha sido siempre tierra de emigración: cuando en los años cincuenta del siglo pasado se produjo la crisis en el modelo de economía autárquica y de forma paralela se llevó a cabo el proceso de reconstrucción, Europa necesitó mano de obra en los años 60; luego el proceso de industrialización en España provocó cambios reflejados en el abandono de la política rural y el traslado a ciudades de tipo medio o a las que se crearon polos de desarrollo industrial como Zaragoza. En este proceso provincias como la de Huesca perdieron población pero desde finales de los años noventa hubo un repunte de crecimiento poblacional que se ha detectado, en especial, en la capital.

La demografía aragonesa está en declive y el envejecimiento se agrava: dos de cada diez personas tienen más de 65 años y la edad media es de 43 años; los menores de 16 años no llegan al quince por ciento del total de la población.

Según la prensa de hace un año dos de cada tres comarcas ganaron población en Aragón gracias a la llegada de inmigrantes, o sea que su rejuvenecimiento se debía, en buena medida, a ellos: un fenómeno que se apreciaba en núcleos pequeños que estaban en fase de descenso y sobre todo en Teruel, que registra la tasa de población más envejecida de Europa.

Los datos del avance del padrón a uno de enero de 2010 publicados por el Instituto Nacional de Estadística confirmaban que Aragón había dejado de crecer porque los inmigrantes dejaban de venir.

La necesidad de trabajadores en los años álgidos del boom, desde 2003, fomentó la llegada de inmigrantes en un proceso migratorio rápido e intenso que hasta 2007 había generado el 10 por ciento del PIB aragonés. Sin embargo cobraban hasta un 30% por debajo de sus homólogos autóctonos y ocupaban los empleos no requeridos por ellos. Hoy el impacto de la crisis económica y financiera internacional en el empleo está siendo mucho mayor en este colectivo que padece más desempleo y una precariedad que facilita la economía sumergida y la explotación laboral.

Los efectos de la crisis están suponiendo el fin de un período excepcional en la historia de la inmigración en España y un compás de espera. Y mientras se transforma el panorama y se avecinan acusados cambios se hace más necesario que nunca un verdadero debate político que sea capaz de explicar a la sociedad que la inmigración recibida en los años anteriores es la que nuestra economía ha demandado y que sin ella no habría sido posible el crecimiento económico que hemos tenido ¿Qué habría ocurrido si hubieran desaparecido un número importante de los que estaban haciendo trabajos no cualificados que no queríamos desarrollar los autóctonos? Pero también es una responsabilidad de las instituciones públicas y de las organizaciones de la sociedad civil combatir y evitar el auge de la xenofobia y los mensajes que señalan a la inmigración como causante o agravante de la crisis y la manipulación del miedo al otro.

Según Zygmunt Bauman en una sociedad globalizada son profundas y complejas las claves del miedo al inmigrante y están relacionadas con el exacerbado anhelo de seguridad (nunca ésta ha sido mayor que ahora dicen los investigadores), el creciente individualismo exaltado exageradamente por

la cultura mercantilista que conlleva una actitud de competencia permanente se plasma en el rechazo a los “superfluos” o excluidos que pasan a convertirse en “nuevas clases peligrosas”: un colectivo que acaba siendo representado por los extranjeros pues es la imagen de la fragilidad, la precariedad de la condición humana que desata en los “integrados” su irregularidad e incertidumbre porque son el reflejo humano de su miedo.

A comienzos de la crisis de los años setenta John Berger mostró hasta qué punto la economía de las naciones ricas de Europa había pasado a depender de la mano de obra procedente de varias naciones europeas más pobres. Su libro *Un séptimo hombre*, editado hace ocho años en España, pretendía alentar las solidaridades e iniciar un debate crítico sobre la inmigración necesaria.

Desde entonces hasta ahora se ha ido ganando costosamente en Europa una herencia de apertura, diversidad, integración y compromiso con lo desconocido y lo inesperado que, en el actual clima de recesión mundial, está siendo sustituida por una patología de xenofobia, intolerancia y miedo basada en la exclusión y en todo aquello percibido como extranjero: un cambio cuya magnitud nos remite de nuevo a la obra de Berger y que debemos reconocer con claridad.

Estos dos enfoques miran el futuro de muy distinta manera: el inclusivo plantea traer lo de fuera, lo extranjero, hacia adentro; el catastrofista exige identificar, limpiar y mantener a raya lo externo para ser domesticado y castigado.

En este contexto son necesarios nuevos proyectos para demostrar con convicción y evidencia que la democracia plena que incluye los derechos universales y la igualdad son algo bueno y que no es suficiente con volver de nuevo a la experiencia del estado de bienestar en nombre de aquella porque su aplicación se quedó muy corta.

Para tender puentes entre lo similar y lo diferente, lo particular y lo común, lo familiar y lo extraño, lo temido y lo necesario el Centro de Estudios y Recursos de la Memoria de las Migraciones de Aragón ha producido esta exposición itinerante de fotografías en blanco y negro (antes que las fotos era la memoria) titulada *Nos-otros-Otros-noS* que da nombre a una colección de investigaciones, conferencias e imágenes cuya edición comenzaremos próximamente.

Una parte de este proyecto se inspira en la obra de Berger. Queríamos que la fotografía, esa “otra manera de contar”, diera significado a los hechos de la realidad actual recogiendo momentos de la vida de trabajadores inmigrantes en las tres provincias aragonesas, pero también que esa realidad fuera más allá de la cámara. Y Jacques Valat aceptó el reto.

Concretamos las personas a las que fotografiar a través de una red social de parientes, amigos y conocidos de los inmigrantes tejida con afectos y confianzas en la diversidad, sin la cual la realización de esta exposición no hubiera sido posible, que nos acercó a los fotografiados, intermedió e incluso pidió para nosotros como favor personal su retrato. Conforme aceptaban nuestra propuesta Valat quedaba de acuerdo con ellos, acudía a su lugar de trabajo, conocía su experiencia, trataba de entender sus vidas, su historia, y pulsaba el clic de su máquina dando significado a los hechos.

Eso era lo que queríamos presentar: treinta retratos y treinta y una personas con un pasado y un futuro; sin miedos y como una oportunidad.

Juan Carlos Ferré Castán

Coordinador del Centro de Estudios y Recursos de la Memoria de las Migraciones de Aragón



Nos-otroS Otros-noS



FOTOGRAFÍAS DE JACQUES VALAT

DEL 22 DE NOVIEMBRE AL 2 DE DICIEMBRE

De martes a domingo, de 19 a 20.30 horas



Sala Municipal de Arte

C/. Serrablo 69, Sabiñánigo